

Oswald Spengler, *El ocaso de Occidente*

Romina A. España Paredes*

En el "Premio" de la primera edición castellana de *La decadencia de Occidente* (1923) del filósofo e historiador alemán, Oswald Spengler (Blankenburg, 1880 – Múnich, 1936), Ortega y Gasset, quien también había colaborado en la titánica labor de traducción de esta popular obra, señaló que este libro era sin lugar a dudas "la precia intelectual más estruendosa de los últimos años".¹ Desde la publicación del primer tomo en julio de 1918 a abril de 1922 se habían vendido en Alemania 53,000 ejemplares, y en la misma fecha se imprimían 50,000 del segundo tomo. En palabras de Ortega y Gasset: "Alemania derrotada sentía una transitoria depresión que el título del libro venía a acariciar, dándole una especie de consagración ideológica". Si bien Spengler no participó directamente en la Primera Guerra Mundial, debido a un problema de salud que lo exentó del servicio militar, no cabe duda de que este conflicto influyó en

sus reflexiones sobre la política y la historia.

La obra de Spengler tiene la capacidad de abordar las necesidades intelectuales de toda una época. De hecho, en el "Prólogo de la primera edición", el propio autor parecía reconocer este espíritu presente en su libro: "Se trata, en efecto, según mi convicción, no de una filosofía más, como hay tantas posibles, fundadas y justificadas sólo por la lógica, sino de la filosofía de nuestro tiempo, filosofía en cierta manera espontánea y presentida confusamente por todos". *La decadencia de Occidente* es una obra de dos volúmenes. El primero de ellos, publicado en 1918 y titulado "Forma y realidad", está conformado por una introducción y seis capítulos: "El sentido de los números", "El problema de la historia universal", "Macrocósmos", "Música y plástica", "La idea del alma y el sentimiento de la vida", y finalmente, "La física fáustica y la física apolínea". En esta presentación, me detengo en destacar cinco ideas que considero centrales de esta primera parte: 1) la concepción de Spengler de una nueva filosofía de la historia,

* Egresada de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán y doctora en Letras (Universidad Nacional Autónoma de México). Actualmente realiza una estancia postdoctoral en el Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales (Cephcis-UNAM). Es co-fundadora del "Proyecto Utopía de Yucatán", entre cuyas actividades se encuentra la presentación y discusión de novelas y de libros de ciencias humanas y sociales.

1 Ortega y Gasset impulsó la edición de *La decadencia de Occidente* en Espasa Calpe en 1923, en Madrid, con la traducción de Manuel García Morente. La edición que aquí se cita es: Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente I* Ed. Austral, Buenos Aires, 2012.



centrada en la idea del universo como historia; 2) la relación entre la temporalidad y la cultura; 3) la crítica profunda al eurocentrismo de la historia universal europea; 4) la visión orgánica y viva de la historia de las culturas; y finalmente, 5) la afirmación de la decadencia de Occidente.

El universo como historia

La tarea que perseguía Spengler en *La decadencia de Occidente* era realizar un primer intento de “predecir” la historia. En sus palabras, su libro “pretende vislumbrar el destino de una cultura, la única de la Tierra que se halla hoy camino de la plenitud: la cultura de América y de Europa occidental, se trata, digo, de perseguirla en aquellos estados de su desarrollo que todavía no han transcurrido”. Siguiendo este objetivo, el autor se pregunta por una lógica, o “estructura de la humanidad histórica”, que vaya más allá de las manifestaciones concretas que la historia de su época reconocía como “hechos”. Consideraba que esas simples colecciones de hechos y narraciones del pasado no eran suficientes para comprender la realidad histórica.

El método que Spengler propone en esta fascinante obra es, en sus palabras, “la idea de una morfología de la historia universal, del universo como historia”, comprendiendo esto último en oposición a la idea del

universo como naturaleza. En esta distinción entre historia y naturaleza subyace la defensa del filósofo de una historia interpretativa, que presenta una realidad más profunda y aspira a “comprender la existencia viviente del universo”.

Hablar del universo como historia tiene que ver con la conciencia de que la vida propia es un elemento de un ciclo vital mucho más amplio que se extiende en el tiempo (siglos o milenios, diría Spengler). Con ello, se opone a la idea de la vida como algo completo y delimitado. Es decir, la filosofía de la historia que propone consiste en entender la historia de las culturas como un fenómeno vivo que atraviesa diferentes etapas, entre ellas la juventud, la madurez, hasta alcanzar, inevitablemente, un momento de ocaso o decadencia. Tal como anuncia el emblemático título de su libro, a principios del siglo XX la cultura occidental había caído en la decrepitud, como parte de su proceso vital.

Los griegos querían mito, no historia

Para comprender esta interpretación de la cultura y la historia es importante reconocer que la obra de Spengler es una fascinante reflexión sobre la temporalidad en el pensamiento de Occidente. Cómo el hombre ha concebido su relación con el tiempo, y cómo esta relación define

su narración de la historia y su horizonte cultural. De ahí que el filósofo alemán inicie esta cavilación analizando la concepción del tiempo en la Antigüedad. Parte de la idea de que los griegos tenían una visión ahistórica, según la cual, tal como lo expresa Goethe, es el tiempo del “presente puro”, determinado por una manera de pensar mítica.

A su parecer, esta lectura ahistórica del tiempo en el pensamiento de la Antigüedad es evidente en el hecho de que la literatura novelesca alejandrina haya ejercido una importante influencia sobre la historia política y religiosa griega. De hecho, señala que hasta la época imperial no conoció el arte “antiguo” más que una materia: el mito.

A partir de esta reflexión sobre el tema de la literatura, Spengler afirma que la visión de la temporalidad ahistórica explica el porqué los griegos no escribieron memorias, así como no pudieron concebir personajes como Hamlet o Werther, obras donde existe una profunda indagación de la propia intimidad. “Palabras de una gran confesión”, diría Goethe. Para Spengler, será hasta la *Vita Nuova* (1292-3) de Dante que se transforma esta concepción del “presente puro” de la Antigüedad. Así, a diferencia de la temporalidad del pensamiento antiguo, la historia moderna se interesa por el pasado remoto.

Crítica a la historia universal eurocéntrica

Al referir a la noción del tiempo a principios del siglo XX, Spengler se refiere a la concepción de la historia universal que prevalecía en Occidente. Consideraba que esta perspectiva era “una adquisición espiritual que no está garantizada ni demostrada”, y que parte del empobrecedor esquema lineal: Edad-Antigua, Edad-Media, Edad Moderna.

De este modo, su obra es una profunda crítica a la idea de la historia universal desarrollada en Occidente, cuyo origen judeocristiano parte de una visión eurocéntrica de la historia de las culturas. Para Spengler, es evidente que cada cultura lleva procesos diferentes y, por lo tanto, mirarlas desde el reducido lente de la idea lineal de la historia hace incomprendible la verdadera historia universal. En sus palabras, al sistema de la historia universal: “[A ella] se debe la enorme ilusión óptica, desde hace tiempo ya transformada en costumbre, que reduce a la materia histórica de los milenios lejanos —por ejemplo, el antiguo Egipto y la China— al tamaño de una miniatura, mientras que los decenios más próximos, desde Lutero y principalmente desde Napoleón, se agrandan como fantasmas. [...] Europa occidental, hace girar las grandes culturas en torno nuestro, como si fuéramos



nosotros el centro de todo el proceso universal”.

***"Lo que importa en la vida es la vida,
y no un resultado de la vida"***
(Goethe)

En un esfuerzo por comprender a las culturas como autónomas y vivas, Spengler reconoce que la diferencia con las culturas y épocas pretéritas es que no quisieron lo mismo que el europeo moderno y, por tanto, propone que, en vez de entender la historia universal en línea recta, observemos los fenómenos múltiples de las culturas. Como resultado de esta observación lo que el filósofo alemán termina por señalar es que cada cultura tiene su maduración y también su ocaso.

Junto con Nietzsche, Goethe se vuelve uno de los pensadores más importantes para su método. De este modo, del escritor romántico toma la inspiración para hablar de la historia universal como “naturaleza viviente”: “Y así como Goethe perseguía la evolución de la forma vegetal partiendo de la hoja, buscaba el origen y nacimiento del tipo vertebrado, inquiría la génesis de las capas geológicas —‘el sino de la naturaleza, no su casualidad’—, así también hemos de desenvolver nosotros, aquí, el lenguaje de las formas que nos habla de la historia humana...”.

A partir de estas ideas, Spengler

reconoce el ciclo vital de las culturas definido por las etapas de Juventud, Crecimiento, Florecimiento y Decadencia.

La decadencia de Occidente o el final irrevocable

Para Spengler, la decadencia de Occidente significa nada menos que el “problema de la civilización”. Considera que la “civilización” es un momento inevitable de toda “cultura”, la cual consiste en el “extremo y más artificioso estado a que puede llegar una especie superior de hombres”. La civilización es, entonces, parte de un proceso histórico, que consiste en la gradual disolución de formas que se han tornado inorgánicas y, por tanto, son artificiales.

En este sentido, la crisis de Occidente en su época era el resultado de dicho proceso histórico, de pasar de la cultura a la civilización. Esta concepción negativa de la civilización manifiesta el pesimismo en el pensamiento del autor, tal vez reconocible también en sus anhelos de épocas mejores. Al respecto escribió, “¿Qué le vamos a hacer, si hemos venido al mundo en el ocaso de la civilización y no en el mediodía de la cultura, en la época de Fidias o de Mozart?”.

Para entender la crisis de Occidente a principios del siglo, Spengler invita a sus lectores a observar los acontecimientos de la época presente

no como hechos fortuitos, sino dentro de un gran organismo histórico. Entre los problemas de su época, los cuales él sugiere que la vida misma ha prefijado desde hace siglos, se encuentran: la decadencia del arte, la creciente duda sobre el valor de la ciencia, los difíciles problemas que nacen del predominio de la urbe sobre la aldea, la falta de hijos, el abandono de los campos, la importancia social de la fluctuante cuarta clase, la crisis del socialismo, del parlamentarismo, del racionalismo; la relación del individuo con el Estado; el problema de la propiedad, etc. Vinculados entre sí, para Spengler todos estos problemas responden a uno único: el ocaso de Occidente.

Nada se acaba nunca plenamente

En la segunda edición alemana de 1922 de *La decadencia de Occidente*, Spengler reflexiona en retrospectiva los alcances de su obra, y advierte que lo que escribió “en la tormentosa impetuosidad de aquellos años era, sin duda, una manifestación muy imperfecta de lo que aparecía claramente” ante sus ojos. A manera de una apología, señala que “nada

se acaba nunca, plenamente; la vida misma no se acaba hasta la muerte”, y sugiere a sus lectores no buscar todo en su obra, ya que ella sólo contiene un aspecto de lo que tenía ante él, una visión nueva de la historia, la primera “filosofía del sino”.

Lo cierto es que su libro ha trascendido más allá de sus páginas. Su impacto no se limitó a Europa, también tuvo eco en el pensamiento latinoamericano. El escritor e intelectual peruano, José Carlos Mariátegui, escribió en 1925 que a pesar de la anunciada decadencia de Occidente, “nadie descarta, nadie excluye la posibilidad de que Europa se renueve y se transforme una vez más. (...) El pensamiento europeo se sumerge en los más lejanos misterios, en las más viejas civilizaciones. Pero esto mismo demuestra su posibilidad de convalecer y renacer”.² Asimismo, el escritor cubano, Roberto Fernández Retamar, retomó a Spengler en *Nuestra América y el Occidente*³, para reflexionar sobre el desarrollo emparentado entre aquel mundo y nuestra América Latina.

Hoy en día, *La decadencia de Occidente* sigue despertando la inquietud de

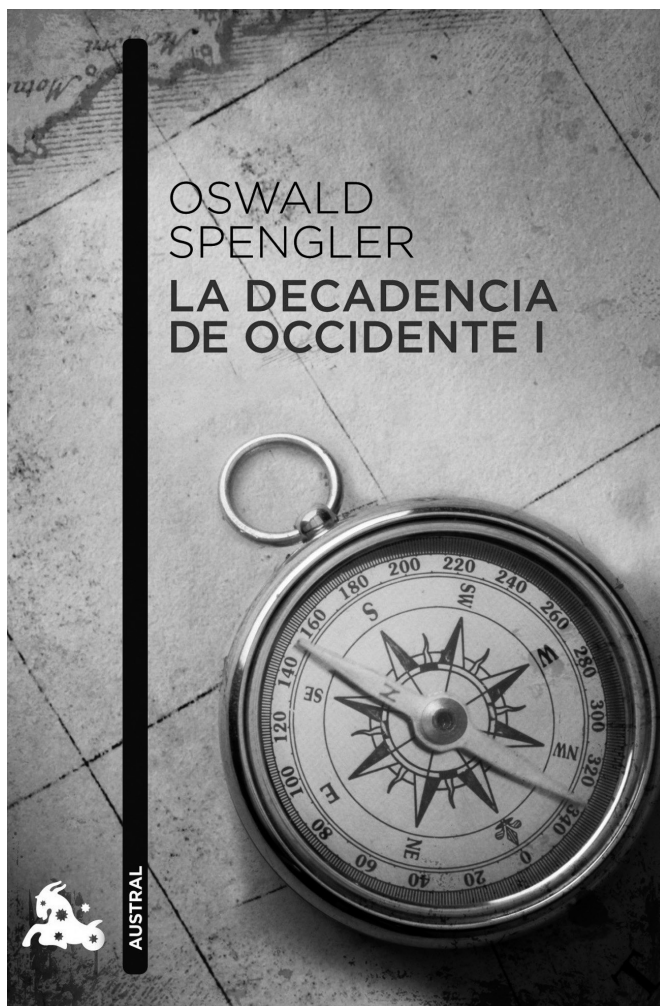
2 José Carlos Mariátegui, “¿Existe un pensamiento hispano-americano?” En: *Mundial*, Lima, 1925.

3 Roberto Fernández Retamar, *Nuestra América y el Occidente*. Ed. Universidad Nacional Autónoma de México – Centro de Estudios Latinoamericanos (Col. Latinoamérica, 10), México, 1978.

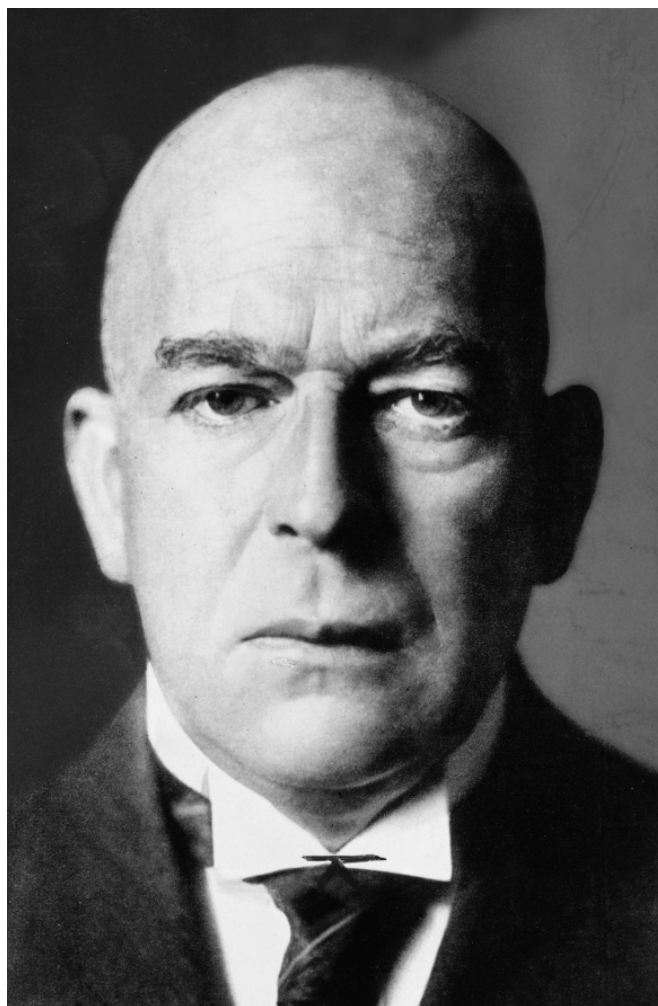


sus lectores, quienes nos preguntamos si estamos ante una nueva crisis de la cultura occidental, o si vivimos una época de decadencia política, artística y filosófica. No cabe duda que estos cuestionamientos y angustias, propios de lo que Spengler llamaba el “anhelo” del alma occidental fáustica, forman parte del “terror” por lo irrevocable de que todo nacimiento

también marca la muerte. Pero, como bien reconoció el autor, este sentimiento de “terror cósmico” es el más creador de todos los sentimientos primarios. De ahí que la obra de Spengler continúa fascinando, inquietando y, sobre todo, despertando reflexiones sobre nuestro presente y devenir.



La decadencia de Occidente, *Oswald Spengler*
<https://imagess5.casadellibro.com/a/1/t0/55/9788467037555.jpg>



Oswald Spengler
https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/a/ae/Bundesarchiv_Bild_183-R06610%2C_Oswald_Spengler.jpg